

Diplomacia peninsular e operações secretas na guerra colonial

MARÍA JOSÉ TÍSCAR SANTIAGO

Lisboa, Edições Colibri, 2013

El presente libro de María José Tíscar representa un paso más, y muy destacado, en la ya moderadamente amplia historiografía existente sobre las relaciones peninsulares. Lejos quedan ya, afortunadamente, aquéllos años en los que el interés de los historiadores españoles por Portugal prácticamente se concentraba en la figura pionera, y magistral, de Hipólito de la Torre Gómez.

La obra gira en torno al imperio colonial y a las guerras coloniales, lo que conduce, en primer lugar, a advertir la asimetría existente entre las concepciones imperiales de las dos dictaduras ibéricas. La española, formalmente metrópoli de algunos enclaves africanos, se debatía entre el pragmatismo, esto es, la aceptación de que el derecho a la descolonización se había convertido en principio estructural del derecho internacional; y las reminiscencias de una idea de potencia que le empujaba a seguir manteniendo la política de provincialización, y una cierta resistencia a asumir una política descolonizadora plenamente efectiva.

La dimensión imperial de la dictadura salazarista era muy diferente. El mantenimiento del imperio no era únicamente un factor estructurador esencial del proyecto autoritario del Estado Novo, sino un elemento básico del nacionalismo portugués, en todas sus vertientes ideológicas. En consecuencia, la guerra fue una respuesta lógica de quienes se consideraban los máximos exponentes de ese nacionalismo herido por las reivindicaciones de libertad de las colonias.

Solamente en este contexto, muy bien descrito por la autora, es posible encuadrar las complejas relaciones entre las dos dictaduras ibéricas en los años sesenta y primeros setenta. Unas relaciones que, si bien habían evolucionado hacia la amistad y el respeto mutuos, seguían adoleciendo de un nivel de confianza profundo. Sin embargo, esta investigación permite poner en cuestión este tópico, si bien no de forma absoluta, sí de forma relativa. Esto es, cierto es que muchos de los problemas estructurales de esas relaciones se mantuvieron vivos, pero no lo es menos, que la complicidad entre ambos gobiernos fue también mucho mayor de la que hasta ahora se venía manteniendo, o solamente se intuía. De hecho, el mérito de esta obra es, precisamente, poner de manifiesto cómo la diplomacia española asumió un papel activo en muchos episodios importantes de las guerras coloniales. Desde esta perspectiva, la tradicional infravaloración que el autor de esa monumental y clásica biografía de Salazar, Franco Nogueira, realiza de España y del régimen de Franco, queda definitivamente superada.

Para la diplomacia española, el apoyo a Portugal en sus guerras africanas tenía muchos más inconvenientes que ventajas. En pleno proceso de expansión de sus intereses internacionales y de inserción en la economía internacional, parecía contraproducente embarcarse en una política de apoyo ampliamente desacreditada en las grandes organizaciones internacionales y, también, en la esfera bilateral, por la mayor parte de países del mundo y, muy especialmente, por potencias como Estados Unidos o Gran Bretaña.

Las propias elites de poder franquista eran plenamente conscientes de esta contradicción. Parecía que la solidaridad ibérica, una solidaridad, no se olvide, basada principal aunque no exclusivamente en una potente dimensión ideológica, debía mantenerse como vector esencial de la política exterior española; pero su mantenimiento y el hecho de que el franquismo pudiera ser identificado y confundido con el salazarismo, podría arruinar todos los esfuerzos tan pacientemente realizados desde finales de los años cuarenta para alcanzar un cierto reconocimiento internacional. La disyuntiva no era, pues, menor. Sin embargo, el propio general Franco se encargó personalmente de darle una solución. De forma personal asumió que España debía estar al lado de Portugal, pues, a su juicio, la idea de los hermanos siameses obligaba a una conjunción de intereses entre los dos países.

Es decir, Franco asumía una visión iberista novedosa. Ya no se basaba en las viejas posiciones anexionistas, ni siquiera en los postulados pseudorománticos de ese nacionalismo conservador que había sustituido el concepto de unión ibérica por el de Alianza Peninsular siguiendo las concepciones de António Sardinha y del grupo de Acción Española. No, la visión de Franco era enteramente realista. En su opinión existía una única realidad peninsular vista desde el exterior, es decir, vista en términos geopolíticos y geoestratégicos; pero también existía una identidad estructural interna que ponía en relación las respectivas situaciones políticas y las hacía mutuamente dependientes. Por tanto, su idea era que su régimen dictatorial

no podría sobrevivir con un Portugal no autoritario y, a la inversa, la dictadura salazarista también estaría condenada, si la suya caía.

En definitiva, la obra de María José Tíscar sitúa el estudio de las relaciones peninsulares en un nuevo ámbito de interés, aportando importantes datos y evidencias para extraer nuevas conclusiones valorativas. Este es, en definitiva, su principal mérito, como lo es el de las obras que han alcanzado protagonismo en el complejo, pero también apasionante, problema de las relaciones entre las dictaduras salazarista y franquista.

Juan Carlos Jiménez Redondo
CEU Universidad San Pablo

